

# Más Bravas Poetas

## CABALLO DE DIAMANTE

Rosanna Byrne. Editorial Ex Libris, Santiago, 1989, 74 páginas.

## A MEDIA ASTA

Carmen Berenguer. Editorial Cuarto Propio, Santiago, 1989, 72 páginas.

## GENERO FEMENINO

Teresa Calderón. Editorial Planeta.

por Ignacio Valente

La poesía de mujeres —de jóvenes mujeres con verdadera militancia femenina— es cosa seria en este país. Vienen una tras otra, sin pausa ni tregua. De Eugenia Brito —**Vía pública**— dije algo en su día, pero me prometo decir más sobre su próximo libro, dada la singular calidad que apreció en una relectura

de su pasada obra: "Te dieron Judas por nombre. / Fuiste tan desechado / como amado. / Te regalaron la corona de espinas / —el manto—. / Porque la historia se hizo por y para ti / la humanidad lloró con tu desdicha. / Los árboles son desde entonces el cetro del suicida / boca abajo del cielo. / La muerte fue soñada por los hombres / como la gloria del justo como la libertad / porque la vacilación y el amor fueron tu destino. / Cristo hizo para ti toda la historia. / Tenías que morir después de él a voluntad y solo. / Quien no ha muerto de amor no vivió nunca / y el abismo sí tiene hermosos ojos". Una extraña y conseguida mezcla de simplicidad y misterio campea por estos versos, de fuerte impronta femenina.

**Caballo de diamante** es un curioso libro-objeto de Rosanna Byrne. Sus 32 piezas, de una breve página cada una, son instantáneas captadas y reveladas por el ojo poético de la autora —un buen ojo, sin duda—, si bien los textos no están escritos en verso, sino en prosa, en una prosa que

—por fortuna— no puede llamarse con el incierto nombre de prosa poética. En efecto, no se trata de una dudosa hibridación, sino simplemente de una substancia poética desarrollada en la forma de la prosa narrativa. He aquí el notable texto que da su título al pequeño volumen, **Caballo de diamante**: "El viaje sucede a través de campos radiantes. / No hay contrastes ni sombras. Los árboles parecen pintados por un niño. Llevo muchas horas cabalgando. Pasan árboles y paisajes, detenidos, a través de mi cuerpo. El viaje no termina. Duermo con los ojos abiertos (No recuerdo a qué edad subí al caballo). Sigo viajando. El lugar parece ser siempre el mismo. / Siguen pasando las horas. Atravieso paisajes con árboles. La velocidad es la misma. Sigo viajando. / El viaje es por campos radiantes. No hay contrastes ni sombras. Los árboles parecen pintados por niños. Son muchas horas cabalgando. Siguen los árboles y paisajes detenidos. El viaje no termina".

Además del sentido de la composición,

una amplia libertad de la fantasía y un fino sentido del humor poético son los mejores rasgos de estas estampas casi herméticas, por las que se pasea un espíritu juguetón, un ligero aire surrealista que en sus mejores momentos recuerda a Henri Michaux: "La bruja de mi calle es enana. Cuando sale a comprar, la siguen siete ratones verdes cantando villancicos. / Las clientas sin novio la persiguen aferradas a sus bolsillos, hasta que ella, sobre una mesa hexagonal, hace aparecer bengalas desde el reverso de los naipes. En esos momentos muchos patitos espumosos quiebran sus cascarones y desfilan alrededor de la elegida. Si no puede atender, baja su cabeza del quinto piso colgando de un elástico dorado, y repite cadenciosamente: «Hoy no puedo atender porque estoy con ataque de risa: gracias». «Hoy no puedo atender», etcétera, siete veces. Cuando sale de la ciudad, lo hace en un tractor, y deja encerrados a los ratones con los huevos fértiles de patos (Sólo ella sabe lo que su-

(Continúa en la pág. 2)

# Más Bravas...

(Viene de la pág. 1)

cede mientras está fuera). La bruja de mi calle es enana".

Menos juego y más militancia de mujer ultrajada hay en Carmen Berenguer. Con **Media asta** ingresamos, por contraste, en el mundo de la oscuridad verbal, donde inciertos destellos sexuales rompen la tiniebla con un lenguaje muy trabajado de sonido y aliteraciones en el plano fonético: "El ojo vigila y comparte el conjuro / de las seminales trompas / esculpidas en la frontera: / La difama / Contra el diáfano suspiro / el monte la monta / montándola la flamea: / A media asta percal (...) Eran hartos / me lo hicieron / me amarraron / me hicieron cruces / y bramaban / como la mar".

A esta búsqueda erótico-fonética se suman con frecuencia elementos mitológicos de raigambre indígena, en una poesía intensamente asida a la tierra: "Ardiente meseta espera la luna / Yuyito le canta... / Las rosas celestes La aurora La aurora / —Mira si soy virgen / —La pura santísima ven / —Aparécete El Trauco El Trauco / Canta la moza en las noches chilotas". La sintaxis se le retuerce a esta poesía dolorosamente corporal, donde la incertidumbre de los sentidos es iluminada por ráfagas que sugieren siempre desnudez, ultraje, sexo ultrajado por el mero hecho de existir: "Les hablo desde el vientre Deseo pasar acostada / con un hombre infinito lavándonos de pesadillas / Vivo lujuriosa tocándote infinito ¿Y esos huevos? / Son dos mundos dijiste eyaculando / ¿Qué Mundos?".

Con Teresa Calderón —**Género femenino**— estamos de vuelta en el mundo de la anécdota y de la consideración, no exentas una y otra de cierto toque de ironía: "No se aman / paisajes / mares / hombres / plazas determinadas. / Sobre todo se ama / lo que el paisaje / mares / hombres / plazas determinadas / guardan de nosotros. / Por eso envejecemos".

A ratos se produce en estos versos la combinación de la política o la cuestión cívica con la cuestión femenina, a la manera de Hedy Navarro, sólo que quizá con menos fuerza: "Mi corazón anárquico / acepta un gobierno provisorio, / mientras yo continuo / en gestiones clandestinas con tus ojos / con tu boca invasora de todos mis límites, / en esta guerra que me declaras, / en este amor abierto entre nosotros". La autora tiene una visible inclinación a hurgar por el reverso del amor, al mismo tiempo que su toque de ironía actúa como un límite que se impone a los propios sentimientos, mirándolos desde cierta distancia verbal: "Me adeudas la juventud malograda en la cocina, / algunas noches sin dormir para cuidarte / —herido de otra guerra— / las manos desgastadas en el roce cotidiano / multiplicando el pan / en la alquimia de la buena voluntad. / Y mi silencio en tus constantes tardanzas. / Y la fuente de lágrimas donde lavé pañales. // Pero no es para tanto. / No te creas. / Esto que nuestro no es dolor verdadero. / Son puras palabras, mi cromañón contemporáneo. / Son puras palabras para decirte hasta nunca. / Yo me voy con la música a otra parte / a ver si allá en la muerte nos hallamos".

En el desarrollo de la nueva poesía chilena, la mujer tiene un protagonismo considerable, y lo tiene con plena conciencia de enrolarse en la causa femenina (no digo feminista). Femenina, porque, gracias a Dios, la mujer **no** escribe como el hombre: ni mejor ni peor, sólo de una indudable manera distinta, a la altura de su inmensa diferencia antropológica. ■